

# El valor del lenguaje en la epistemología de las ciencias sociales

Luis Moya Salguero<sup>28</sup>  
Julio de 2008

El mayor aporte de las epistemologías postmodernas y post-estructuralistas, para las ciencias sociales, ha sido sin duda, para decirlo de algún modo, el rescate de la subjetividad históricamente negada en el discurso del proyecto de la modernidad iniciado en el siglo XVII. La idea de que las representaciones ocupan un lugar en la mente y que las verdades pueden ser únicamente construidas como efectos del lenguaje, fueron pensamientos localizados en el concepto de *res cogitans* y en el *Discurso del Método* de Descartes (1596-1650). Algunos otros atisbos en esta línea podemos reconocerlos en el pensamiento durkheimiano, a través del planteamiento sobre las “representaciones sociales”, concepto actualizado por Moscovici en 1961, para estructurar su teoría psicosocial de las representaciones colectivas. Pero también habían sido fundamentales en esta línea aquellos historiales clínicos sobre la histeria de Freud, que, en los límites del siglo XX, producen una ruptura con los procedimientos de anamnesis de la psiquiatría tradicional al virar el interés de la palabra hacia las vivencias subjetivas de las pacientes histéricas. Más adelante, este interés por el lenguaje conduce a Freud a la escritura de reflexiones como *Interpretación de los sueños* y sus trabajos sobre *El chiste y su relación con el inconsciente*, elaboraciones que irrumpen en aquel contexto de franca consolidación de la ciencia positiva y del *positivismo lógico* en la comunidad científica europea y el Círculo de Viena.

Posterior a estos recorridos está el aporte de la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure, más tarde formalizado en la antropología de las estructuras elementales de parentesco de Claude Levi Strauss, como el “estructuralismo”, en el que el lenguaje cumple una función principal. La propuesta del estructuralismo levi Straussiano fue la incursión más significativa, junto con Roland Barthes, para la explicación de los mitos y de las relaciones sociales en términos de redes complejas de significados, en los años

---

28. Docente de la Carrera de Psicología e investigador del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Humanidades de la UMSS

1950. Michel Foucault y Jacques Lacan, lectores de Saussure y Levi Strauss, retomarán estas ideas, para configurar una postulación más allá del estructuralismo, lo que se consolidará, con Jacques Derrida, como la corriente del post-estructuralismo. Desde entonces, las ciencias sociales no han podido dejar de encontrar en el lenguaje la vertiente para el redescubrimiento de la subjetividad, vertiente sin la cual, las ciencias sociales seguirían adheridas a la tradición positivista.

El siguiente ensayo pretende situar dos dimensiones epistemológicas: la importancia de la presencia del lenguaje y de la dialéctica de lo imaginario en el abordaje de lo social en las ciencias sociales. Pretendemos, por tanto, localizar a través de una reflexión epistemológica, en la lingüística inicialmente, pero también en la semiología y luego en el psicoanálisis, el valor de la vertiente del lenguaje y sus consecuencias sobre las consecuencias de las construcciones identitarias en los abordajes de la dimensión social. Intentaremos recorrer desde esta primera disciplina, la subversión que plantea el psicoanálisis para entrever la dimensión del símbolo vinculada al estatuto de lo subjetivo.

## La dimensión social del lenguaje

Partamos de Saussure, el iniciador de la Lingüística Estructural y del Estructuralismo.

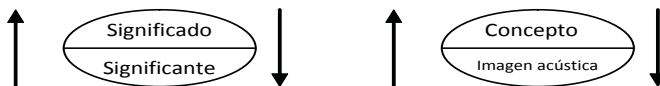
La lengua, dice Saussure en su *Curso de lingüística general*, es una parte del lenguaje y como tal, es un producto social, es decir, un *conjunto de convenciones adoptadas por el cuerpo social* que permite a los individuos un uso comunicativo (Saussure, 1907 [1972]). El uso de una lengua por un individuo, se produce desde la dimensión externa a éste y es una función de la convención social.

El signo constituye una entidad material compuesta por un concepto y una imagen acústica, la cual se define como huella psíquica y no necesariamente como sonido material. El concepto es el significado y la imagen acústica, el significante.

Saussure entendía el algoritmo del signo en una relación positiva entre el significado y el significante. En su análisis del signo plantea: “*Todo lo que precede quiere decir que en la lengua no hay más que diferencias; más aun, las diferencias suponen en general términos positivos entre los cuales ellas se establecen, pero en la lengua no hay más que diferencias sin términos positivos*” (Saussure, 1907 [1972]). Al planear esta relación entre ambas instancias, Saussure supera el debate acerca de la representación en el conocimiento, entre realismo —que proponía el acento en el objeto— y nominalismo —que lo colocaba sobre el sujeto—; el debate sobre el realismo inaugurado en la tradición filosófica griega, afirmaba que el conocimiento consistía en la identificación de la representación con el referente de la realidad, en la que el signo se conceptualizaba con

el nombre de la cosa, mientras el nominalismo destacaba la función de la representación con relación al sujeto (Carbajal, 1982).

En el siguiente gráfico observamos el signo de Saussure y la relación positiva entre el significante y el significado y la correlación significado-concepto y significante-imagen acústica.



Para Saussure, el signo implicaba una inseparabilidad entre significante (aspecto material) y el significado (concepto mental). Pero además, este autor formula la noción de naturaleza arbitraria en la relación existente entre el significado y el significante. Para ejemplificar esto, podemos retomar el ejemplo de Cobley y Jansz que ilustra cómo el concepto mental de la palabra “perro” puede ser enunciado por un sinnúmero de significantes alternativos; ahí están por ejemplo las diversas formas en que, en una sola lengua o en las distintas lenguas, pueden referirse a él: *perro*, *ladrador*, *can*, *dog* (inglés), *chien* (francés), *hund* (alemán), etc. (Cobley y Jansz, 1997). Cualquier significante puede ser útil para expresar el concepto mental, sólo que en una comunidad de hablantes, éstos convienen, para comunicarse, es decir, para transferirse contenidos de la mente, conceptos mentales, diría Saussure<sup>29</sup>.

La consecuencia de esta concepción de la lengua tiene una directa conexión con la teoría de la comunicación, en la que el mensaje de un individuo sólo puede entenderlo otro individuo si está expresado en un código común. En el caso humano, ese código es el lenguaje.

El lenguaje tendría, desde esta perspectiva, la facultad de nombrar, hacer emerger e integrar la realidad —en tanto construcción social— en una comunidad lingüística. Los individuos pueden comunicarse contenidos mentales, es decir, conocimientos y pensamientos sobre las realidades, si es que esas realidades están articuladas en el lenguaje. De otro modo, no. Todo lo que no está representado simbólicamente en el idioma de una comunidad lingüística no puede ser conocido por sus miembros y no pueden, por tanto, comunicarse entre sí sobre ello. Así, las realidades conocidas sólo pueden estar presentes en el lenguaje.

¿Cuál es entonces la relación entre representación y signo?

Las representaciones, equivalen a las imágenes mentales, las cuales en tanto objetos de la mente, en otros campos, como en la sociología, han sido también definidos como “imaginario social”.

29. Benveniste, por su parte, que había transcurrido por los caminos del estructuralismo de Saussure, dirá sin embargo —a diferencia de su maestro— que la relación entre el significante y el significado es automática, directa y necesaria, y no arbitraria (cit. por Cobley y Jansz, 1997).

Imaginemos, por un momento, la ilusión de que lo que ahora escribimos podría ser absolutamente novedoso para algunos, de modo que en la medida en que estas líneas puedan ser leídas, es decir, articuladas en una diferente lógica para el lector, éste tendrá la sensación de la adquisición de un conocimiento nuevo, por ejemplo, la experiencia de una nueva perspectiva de lo que es el conocimiento en su materia. Se notará inmediatamente que de lo que se trata no es de la implementación de neologismos, sino de una diferente articulación de los morfemas y posiblemente de un sentido novedoso. Pero, tanto lo que en este momento imprimo en el papel, como lo que el lector interpreta de él, es efectivo posiblemente por la función de la escritura, pero esencialmente por la lógica que se desprende de estas articulaciones.

Pero el conocimiento que deseo comunicar, ¿está en este papel? No lo creo. Para probar esto podríamos intentar dárselo a un chino y esperar a que estas letras —manchas de tinta, tal como son los signos de la escritura china para nosotros— le produzcan en su intelecto el conocimiento que yo intento transmitir. ¿Podrá el chino encontrar el sentido que propongo aquí? ¿Será posible que adquiera en esta vía un conocimiento respecto de lo que aquí está escrito?

Se entiende que para que un lector encuentre el sentido de este texto, y adquiera en consecuencia un conocimiento, es necesario que haya la mediación de un código. Está claro además que no es la tinta del papel lo que produce el conocimiento, sino el proceso en el que se involucran el código, los semantemas y morfemas en la estructuración de un sentido particular.

Lo que en nuestra civilización se denomina conocimiento científico, no es sino la articulación lógica de un lenguaje codificado —acaso experto y específico— que en su coherencia de sí misma, cobra el sentido de “representar de manera rigurosa” a la realidad, y construye respecto de ésta, una consistencia discursiva capaz de ordenar el mundo bajo una organización de las leyes propias del lenguaje, lo cual le proporciona una racional particular, que cuenta además con la aprobación de una comunidad de individuos.

Esta imposibilidad de relación entre estas tres dimensiones está plateada más claramente en la versión sobre la lingüística que Lacan obtiene de Saussure al invertir el signo. Lo veremos más adelante.

## **El enfoque psicoanalítico de la relación significante/significado**

Es Lacan, quien, en su intento de formalizar el discurso psicoanalítico, reformula la teoría sobre el inconsciente, acudiendo para esto a esa intuición fundamental de Freud sobre el lenguaje. En su escrito titulado *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1953), Lacan rescata el planteamiento de Saussure, y define al lengua-

je como la vía de las manifestaciones del inconsciente: “*El inconsciente está estructurado como un lenguaje*” (Lacan, 1953).

La revuelta estudiantil de Mayo del 68 constituye el hito social, político y académico que intentó derrocar el estructuralismo, teoría en la que se vislumbraba efectos ideológicos y que proponía que el sujeto humano era un receptáculo pasivo de estructuras e instituciones sociales y culturales, que hacían pensar y actuar sin que los individuos pudieran ser conscientes de ello. Esto implicaba una sujeción a normas sociales, mitos y relaciones de parentesco, y mostraban un panorama sombrío y antihumanista en el que estaban atrapados los individuos, ya que echaba por tierra toda idea de la autonomía de los individuos: las estructuras sociales lo determinaban todo. La revuelta intentó rescatar de la dominación del sistema, la subjetividad y la acción individual, hacia la búsqueda de una autonomía del sujeto. Como sabemos, esta revuelta estudiantil tuvo características académicas, pero también ideológicas y sociales alrededor de las comunidades académicas en todo el mundo.

Lo que Lacan comienza a platear en este contexto, siguiendo en cierta medida el razonamiento estructuralista de Levi-Strauss —pero además integrando de una manera hasta entonces inédita la subjetividad y su dimensión singular en el lenguaje—, es la idea de que el sujeto está sometido a este lenguaje inclusive desde antes de haber nacido. Para Lacan, la dimensión del lenguaje es correlativa de la dimensión cultural, que siendo una dimensión del inconsciente y del sistema de signos, externo, pero a la vez interno, extraño e íntimo —“extimo” dirá Lacan— preexiste al sujeto, y es éste, quien, en el curso de su desarrollo, puede nombrar al mundo en una estructuración simbólica de la realidad. Esta es la explicación por la cual el sujeto al mismo tiempo que está separado del lenguaje —por serle externo— es también producto de él, en tanto sujeto del inconsciente; es decir, de alguna manera, el sujeto deviene desde lo inconsciente, interno, confrontado con el lenguaje.

Pero el mismo lenguaje no le permite al sujeto nombrar todo; hay realidades subjetivas —la realidad inconsciente precisamente— que el sujeto no puede nombrar desde su posición consciente o voluntaria. Así, para Lacan, la dimensión del lenguaje produce, engendra, el campo de lo no dicho, lo no simbolizado. Este es el campo al cual Lacan denomina como *lo real*, aquello que no se puede decir, que está ausente entre las representaciones del lenguaje y sus significantes. Diferencia así *lo real* del concepto de *realidad*<sup>30</sup>.

La diferencia entre ambas instancias está en la posibilidad de su presencia en el lenguaje o su externalidad. Esta perspectiva y la presencia de la estructura del lenguaje en la teoría del inconsciente, sitúa al mismo tiempo la ausencia del objeto

---

30. Véase *Los escritos técnicos de Freud*. Seminario 1 de Jacques Lacan (1953-1954).

del cual se habla, en la estructura significante. Lacan comienza a distanciar así al psicoanálisis, de las corrientes estructuralistas de su tiempo ya que no todo es estructura simbólica, sino que esta estructura toma consistencia gracias a la ausencia de un objeto fundamental.

Las consecuencias de este razonamiento conducen a Lacan a plantear la inversión del signo de Saussure, poniendo el significante por encima de la barra y el significado por debajo.

$$\frac{\text{Significante}}{\text{Significado}}$$

Con esto destaca la primacía del significante sobre el significado y la desaparición de la relación, la unidad entre ambos y el paralelismo.

Para Lacan no existe una relación positiva y pura entre el significado y el significante. En esta formulación de lo que se trata es de dos dimensiones distintas. Al plantear la primacía significante, Lacan situará la significancia con relación a la articulación que los significantes y sus diferencias que guardan entre sí, los cuales producirán efectos de significado en una dimensión de lo subjetivo. El significado y el objeto se producen, por tanto, como un efecto y una construcción del lenguaje. El significante, por sí mismo, no significa nada, dice Lacan, no produce efectos de significación. La subversión lacaniana a la concepción saussuriana del signo, pero también la subversión a la lingüística estructural, consiste en que el significante no contiene en sí mismo un sentido, sino que el significante se define en su relación y diferencia con otro significante, es un representante de otro significante en un desplazamiento metonímico encadenado. Por debajo de la barra se desplaza el significado *ad infinitum*, paralelamente al significante, donde en realidad ninguno se encuentra.

$$\frac{S,S,S,S,S\dots}{S,S,S,S,S\dots\dots}$$

Para Lacan, la cadena de significantes, las *S* mayúscula, es el campo en el que el sujeto puede decir su relación y su conocimiento sobre la realidad del mundo. Abajo, la serie de las *s* minúsculas, implica que en el fondo, el fundamento significativo de lo subjetivo que define lo más singular de cada sujeto, es imposible de decir, es escurridizo e inasible por la palabra. En este nivel, Lacan sitúa lo real como precisamente lo que no se puede decir, lo que no tiene sentido alguno. Existe para Lacan una suerte de desvalorización del significado que implica que el trabajo con el inconsciente se centra en el puro juego de los significantes, lo cual se parece mucho a la lógica matemática, es decir, al juego significativo en el que no se pretende necesariamente decir algo con sentido<sup>31</sup>.

---

31. Para Lacan, la lógica sólo puede serlo del significante; sólo hay lógica del significante: "Para Lacan la lógica matemática es la ciencia de lo real porque, más allá de las articulaciones lógicas, permite captar qué quiere decir lo imposible". (Miller, 1988).

La característica del lenguaje matemático cuya construcción apunta a la anulación de todo sentido posible —si se quiere, a un sinsentido— se opondría a las construcciones sociales de sentido o construcciones imaginarias que son justamente las interpretaciones sobre la realidad, las categorías socialmente compartidas. La barra hace alusión a la ausencia de relación entre ambas instancias, es decir, “*no hay desplazamiento en sentido vertical, del significante a significado*” (Cobley y Jansz, 1997).

La forma en que el sujeto ocupa un lugar en la realidad, un lugar en el mundo, es la forma en que tiene una posición con respecto al lenguaje, de modo que la relación en que el sujeto se encuentra cifrado por el lenguaje, define al mismo tiempo su dimensión subjetiva. Estas son las consecuencias epistemológicas de la sentencia, *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, que acompañará los desarrollos teóricos de Lacan sobre el psicoanálisis hasta el final de su producción y su reconceptualización de los conceptos del psicoanálisis, aproximadamente hacia 1980.

Hay otra cosa que dice Lacan en *La Tercera*, respecto de la construcción de los sentidos: “*Yo me precio de hacer decir en una frase a cualquier palabra cualquier sentido*” (Lacan, 1974). Es decir, el efecto del sentido no adquiere el significante por sí mismo sino en relación con otro cualquiera; el sentido se construye en la relación diacrónica, cuando un significante que se sitúa luego de otro significante modifica su sentido y función dentro una enunciación. Veamos el siguiente ejemplo:

*Un*

*Un hombre*

*Un hombre bien*

*Un hombre bien parecido*

*Un hombre bien parecido al mono* (Carbajal, 1982).

Cada una de estas frases produce distintas significaciones y sólo por efecto del último significante. La construcción del sentido, la construcción del significado se va configurando en función de la diacronía en la que va discurrendo la frase, de modo que el sentido último es función de los significantes finales en una temporalidad retroactiva. A esto Lacan denominó “punto de almohadillado” —término obtenido de la tapicería— o punto de capitón, que es la forma en que la tensión de los botones o puntos en el tapiz, se va produciendo —quedan sellados, dice Lacan— a partir de un hilo que sujeta la tensión de todos los puntos, tal como en las oraciones, cada palabra final añadida —que en el caso del psicoanálisis tiene la función de significante maestro— define el sentido de toda la frase. La interpretación del sentido se da desde lo último dicho, hacia el principio. Lo dicho al final estructura todo enunciado anterior. El sentido es una construcción desde lo ulterior dicho.

Desde el punto de vista de Lacan, lo que el sujeto dice a través de la articulación de la cadena de significantes, no encuentra puntos de consenso en lo social, no obstante el



espejismo de las comunidades lingüísticas, sino que es la expresión de una singularidad subjetiva en la que se sitúa una realidad que localiza el lugar primordial donde el sujeto ha sido tomado por la dimensión del lenguaje y la cultura, como experiencia única e irreplicable, donde este sujeto pierde su naturalidad de viviente para ingresar en el lenguaje y en la humanización.

Y aunque para Lacan, la teoría sobre el psicoanálisis es algo que tiene aplicación precisa únicamente en el sujeto, es decir, en aquel que habla y se instala en una transferencia singularizada para hacer hablar a su inconsciente, las consecuencias de estos enunciados reabrirán las puertas para la reinterpretación de los textos sociales de Freud: *Tótem y Tabú* (1913), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El malestar en la cultura* (1929). Y es que en las ciencias sociales, se empieza a asumir que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, es decir, que la vía de acceso a la subjetividad y al inconsciente es sólo posible por el lenguaje. Conclusión con la que el propio Freud se había adelantado al momento histórico del desarrollo de las ciencias sociales, mediante la interpretación de los sueños y la hipótesis del inconsciente, para justamente irrumpir frente al Círculo de Viena, es decir, en plena era del auge positivista de los años 1900.

Freud había producido así un viraje para la psicología del individuo, para la psicología social y para la sociología, al construir un objeto en nada positivo, un objeto que no es un elemento de la realidad, sino que su carácter está dado por su estatuto de pérdida y de ausencia, estatuto que Lacan formaliza como el objeto *a*, el objeto perdido en la estructura. Lo que se estudia en psicoanálisis es entonces un objeto que no es positivo y que no está presente, sino que se construye por el devenir discursivo del sujeto que habla. El objeto *a* es aquello de lo cual el sujeto habla sin saber que alude a él; el lenguaje es la consecuencia y al mismo tiempo el intento de recuperar, simbolizar este objeto que se ha perdido.

Con la articulación del lenguaje en el abordaje del sujeto del inconsciente, el psicoanálisis introduce la ruptura epistemológica con las ciencias positivas que explotaban la observación “objetiva” y la racionalidad como fuente de información; el psicoanálisis, la teoría sobre el lenguaje y el significante, pero no del lenguaje de la lingüística sino más bien de la *ligüistería* o de *lalengua*, diría Lacan, introducirán el sentido de la subjetividad y de lo no racional en la reflexión sobre lo social, desde donde se redescubrirá aquella dimensión humana que la ciencia de la modernidad había olvidado y negado deliberadamente por siglos. Con la subjetividad y las subjetividades, articuladas al lenguaje, las ciencias sociales (la psicología, la sociología, la antropología) hallarán lo suyo, pero olvidando la dimensión del inconsciente para poner el acento en la dialéctica de lo imaginario como construcción social. Las ciencias sociales adoptarán el concepto de imaginario desarrollado por Lacan en su Seminario sobre *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954 [1986]), justamente para operar el abordaje de las construcciones de sentido que se producen entre los individuos, los grupos y las comunidades. Por su par-



te, el psicoanálisis en la línea lacaniana, avanzará en la construcción de los conceptos de imaginario, simbólico y real, para depurar la intervención psicoanalítica al sujeto del inconsciente.

Con estos conceptos propuestos, lo individual y lo social, se articularán en la continuidad indisociable que Freud ya había previsto en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). El lenguaje interno y externo, el lenguaje como cultura, y la cultura como lenguaje, fundamentarán la afirmación de que la cultura y el lenguaje son el marco de las acciones humanas, enunciado solidario de otro, según el cual, la acción deviene gobernada por el significante. Las coordenadas de la subjetividad individual —único núcleo de producción de lo novedoso en la cultura— en intersección con lo social preexistente, definirán la cualidad de cualquier producto cultural.

## **El Estadio del espejo... y conocimiento en el campo de lo imaginario**

La teorización sobre la dimensión del lenguaje fue sin duda el aporte más significativo del psicoanálisis a la psicología social, y sin embargo, de esta dimensión, Lacan obtiene también la formalización de lo imaginario a partir de una serie de conceptos tópicos que ya habían estado presentes en los trabajos de Freud. Prácticamente el planteamiento óptico del yo que está expuesto inicialmente en el *Estadio del espejo...* (1949) y más adelante con un mayor desarrollo en su seminario sobre *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954 [1986]), Lacan lo obtiene de *Introducción al narcisismo* (1914), de *Tres ensayos para una teoría sexual* (1920), de *Organización genital infantil* (1923), y de *El yo y el Ello* (1923).

Lacan, a propósito de los comentarios sobre *Los escritos técnicos de Freud* introduce el concepto de imaginario como correlativo de la constitución de la imagen del yo en el espejo: “*Imaginaria, se refiere aquí, primero, a la relación del sujeto con sus identificaciones formadoras, éste es el pleno sentido del término en análisis; segundo, a la relación del sujeto con lo real, cuya característica es el de ser ilusoria: es éste el aspecto de la función imaginaria destacado más frecuentemente*” (Lacan, 1953-1954 [1986])<sup>32</sup>.

El texto *El estadio del espejo como estructurador del yo tal como se presenta en la experiencia psicoanalítica* de J. Lacan (1949) es, posiblemente, el aporte más revelador del fundamento de la dialéctica de lo imaginario y de la estructuración del yo, tal como es actualmente comprendido en el psicoanálisis y su influencia en algunas corrientes de la psicología social y la sociología. Se debe reconocer sin duda el aporte de Lacan y de su teoría sobre lo imaginario, a la sociología contemporánea, tanto en las corrientes

---

32. Es necesario aclarar que Lacan en esta época de su producción teórica en psicoanálisis, utiliza el concepto de “lo real” de modo similar al concepto de “realidad”. Más adelante este concepto se definirá como lo que está fuera de toda simbolización posible, lo que no se puede decir.

de estudios sociológicos en europea —con Cornelio Castoriadis, Alberto Melucci, pero también en autores como Antony Giddens y el mismo Alan Toureine—, así como en estudios sociológicos en Latinoamérica —Pablo Vila, Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini principalmente— y en Bolivia<sup>33</sup>, corrientes en las que se ha construido el concepto de “imaginario social” que con tanta vigencia ha permitido una frondosa producción investigativa y una incisiva teorización sobre la dialéctica de las identidades sociales, la explicación y comprensión de los movimientos sociales contemporáneos, así como la construcción de la teoría de la acción social. Hay que decir que no sólo en Europa esta línea ha tenido suficientes adherentes entre los más prestigiosos teóricos; en América Latina y particularmente en Bolivia los sociólogos han retomado también este concepto junto al de identidad, para explicar la dialéctica social en vista de la emergencia, sin precedentes, de las identidades indígenas, los movimientos sociales y las transformaciones sociales.

En *El estadio del espejo...* Lacan plantea que la aparición del sujeto humano tiene lugar en el campo del Otro, la madre y su falta, en esa carencia estructural en la anatomía femenina que define su deseo, carencia a la cual, el niño, sin aún haberse constituido como ser humano, se identifica.

La primera realidad del cuerpo orgánico del viviente, es la confrontación especular con ese deseo, con esa falta fundamental, proceso que se produce con la primera aparición en el lenguaje bajo la forma de un significante, como estructurante maestro de toda realidad psíquica primaria; esto último quiere decir que sin la presencia de esta falta primordial en la madre, sin ese significante de la falta en el Otro, diría Lacan, todo proceso estructurante de la realidad podría ser, como constitución, imposible. Sin duda las modalidades de este proceso son fenomenológicamente infinitas y sin embargo, el psicoanálisis ha identificado al menos tres formas de enfrentamiento que dan lugar a las tres estructuras, en las que se definen todas las posibilidades psicopatológicas conocidas, que pueden entenderse al mismo tiempo como formas en que el sujeto se relaciona con la realidad: las neurosis, las psicosis y las perversiones.

Aboquémonos a las neurosis que es la forma estructurada bajo la cual los sujetos tienen la opción de significabilizar la realidad del mundo y sostener una relación con ella, mientras que la construcción de la realidad en la psicosis, no es posible, o no es posible sino sólo bajo la forma alucinatoria y delirante. Es decir, la presencia de un “significante primario” en la estructura de las neurosis —S1 en la matemática lacaniana— hará fundamento a la construcción de la subjetividad, de la racionalidad y la personalidad, condiciones sin las cuales el sujeto no podría sostener sus relaciones con la realidad.

33. Véase trabajos de la sociología boliviana de la última década en La Paz y Cochabamba. Particularmente en Cochabamba puede identificarse Adolfo Mendoza, Walter Sánchez, Alejandra Ramírez, Mauricio Sánchez, Raquel Velasco, para mencionar sólo algunos, así como trabajos sobre movimientos sociales, sobre cultura, comunicación y procesos identitarios urbanos y rurales. La publicación *Estados de la investigación, Cochabamba* (2005) (PIEB, CESU, DICYT-UMSS) ha consignado una producción importante sobre las temáticas de la identidad y procesos sociales y culturales.

La realidad primera desde donde el niño construye su yo es inicialmente una realidad fragmentada, sostenida por la prematuridad biológica y el insuficiente desarrollo del córtex y las terminaciones neuronales. Es el cuerpo viviente donde la pulsión de los órganos autoeróticos no han construido nada que se parezca a la unidad de la imagen de un yo: “*La unidad comparable al yo no existe en el origen*”, afirmará Lacan más tarde, su primer seminario titulado *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954 [1986]). Esta incoordinación primordial e indefensión de la cría humana, a diferencia de las restantes especies, define su vulnerabilidad y su condición de dependencia a un Otro, dependencia sin la cual el niño no podría simplemente subsistir. En este punto de alienación al deseo materno, a esa falta, a ese significante Uno (S1), este cuerpo fragmentado, incordiando, comenzará a cobrar unidad. La fragmentación del cuerpo será el estado de desorganización amenazante del mundo que varias veces ha sido demostrado en las aproximaciones a la comprensión de la esquizofrenia, es decir, toda vez que el S1, significante maestro, está ausente de la estructura subjetiva.

El psicoanálisis puede dar cuenta de esta fragmentación, cada vez, cuando descubre los efectos del lenguaje en el sujeto —en el cuerpo histérico por ejemplo— y cuáles son al mismo tiempo las modalidades de la relación del sujeto con la realidad, en esa dialéctica en la que se producen los procesos de proyección, introyección, reintroyección, etc.; la imagen funciona como una superposición, una ilusión, un espejismo que articula el efecto de unidad sobre la realidad fragmentada del cuerpo<sup>34</sup>. Por lo demás, para la mayoría de los humanos, quienes se inscriben en la estructura de las neurosis, la unidad del cuerpo, la identificación a esa falta en el Otro —la madre—, la imagen unificada del cuerpo, asumida como imagen jubilosa y narcisística, será el primer efecto del suceder psíquico. No hay nada que garantice, para el sujeto, que su cuerpo está articulado en una unidad, salvo este recurso ortopédico imaginario que pone todos los órganos del cuerpo en algo que no es sino similar a una bolsa y que es la superficie de la piel, es decir, el yo como el límite de todo lo que es perceptible visualmente del cuerpo.

El efecto del lenguaje fundante, singularizado en cada sujeto por el S1, define también la singularidad de la percepción de la realidad, pero también de lo que no se percibe de la realidad, y produce y reproduce a su vez, los efectos imaginarios subsecuentes sobre el orden del mundo. Simbólico e Imaginario —conceptos introducidos por Lacan— determinarán así el conocimiento y el ordenamiento de la realidad. De otro modo: la realidad simbólica o imaginaria depende de la relación del sujeto con el lenguaje. El umbral de la realidad del mundo se construye en la medida en que se construye el yo y su libido. Libido es el concepto que aparece en el seminario sobre *Los escritos técnicos de Freud*, en el capítulo de la *Tópica de lo imaginario* (1953-1954 [1986]),

---

34. Es evidente que la discusión sobre las estructuras de personalidad en psicoanálisis —neurosis, psicosis y perversión— esclarecen que no hay una única vía en que los humanos sostienen una relación epistémica con el mundo; para decirlo de manera simplificada, esta relación es simbólica-imaginaria para la neurosis, imaginaria-real para la psicosis y simbólica-real para la perversión.

donde Lacan definirá, siguiendo a Freud, que es aquella energía sexual del yo, es decir, libido del yo, que se dirige a los objetos. Freud ya había descrito la función de la libido en la neurosis y la psicosis, para diferenciar la relación que cada una de estas estructuras tiene con la realidad. Así, en la neurosis la libido se dirige a los objetos externos (libido objetal), mientras que en la psicosis, la megalomanía demuestra los efectos de deformación alucinatoria de la libido que se dirige al yo.

Antes de la aparición de un sujeto —como sujeto humano, es decir, un hablante—, hay únicamente lo que se podría denominar un viviente; es en el cuerpo orgánico, no desprovisto de su capacidad de goce, en esa versión de cría humana, donde el lenguaje introduce el sentido de la subjetividad, separando lo viviente de lo humano, lo real del lenguaje, la carne del sujeto y separando la naturalidad biológica del sujeto del lenguaje. Así, la función del lenguaje tendrá, para el psicoanálisis, la función de la fragmentación, la separación. Este significante primario constituirá la subjetividad articulada con el lenguaje y la inconsistencia del “ser” para el sujeto humano. Lacan definirá entonces al lenguaje como el “ser” de todo humano hablante (1964). El sujeto mítico en su estado inicial es el efecto fundante que produce la presencia del lenguaje sobre el ser biológico; el lenguaje constituye así la dimensión ontológica o el “ser” en la criatura humana; a partir de este instante, que podemos denominar el “instante mítico del sujeto”, ya que no se puede precisar su aparición en la fenomenología de los hechos, éste dejará manifestar la pulsión, esta instancia mediadora entre el cuerpo y el psiquismo.

Hay un elemento más que nos interesa destacar a propósito de esto, y es esa ausencia radical de relación que existe entre la realidad, los significantes y las representaciones mentales —diremos—individuales. Es decir, la realidad sólo es posible para el sujeto del conocimiento en su imaginación y el lenguaje sólo mantiene con la realidad y con la imaginación una relación semántica. Esto equivale a señalar que las pautas sonoras no son los objetos de la realidad, sino sólo los representan.

La ilustración en el campo de la psicología es aquí pertinente cuando, por ejemplo, se le pide a una persona que se dibuje a sí mismo. El gráfico del papel que el sujeto elabora de sí mismo, es sólo eso, un gráfico, inclusive trazos de tinta o carbón; y aunque representa una imagen individual, no es precisamente la imagen mental que el sujeto se ha formado de sí mismo. Esa imagen está por decirlo de algún modo en la mente del sujeto y es intransferible a un papel tan fielmente como se presenta en la mente; pero es evidente que hay un juicio en el dibujante que pretende identificar en aproximaciones sucesivas los trazos del dibujo a la imagen mental. Por lo tanto, el dibujo tampoco es la realidad misma, es decir, la figura individual. La realidad sólo puede ser representada a través de imágenes mentales como formas en que los humanos se relacionan con esa realidad. Este es el campo de las representaciones en el que el gráfico en el papel, representa precariamente la imagen mental y la imagen mental representa —por tanto precariamente— la realidad. Pero además esta relación que se tiene con la realidad

constituye los que podemos denominar “la tragedia del conocimiento humano”, ya que ninguna se corresponde sino sólo por una relación semántica, es decir, en última instancia son representaciones individuales de una realidad inasible —y hay que añadir—, por tanto subjetivas.

## **Dos tensiones del razonamiento cognoscente**

A partir de esta presencia primordial del lenguaje, el cuerpo ingresa en el progreso de la coordinación de las acciones articuladas que progresivamente le permite al niño el dominio de su cuerpo. La coordinación de la integración motora adquiere así un proceso sincronizado imaginario sobre la base de una estructura significante que subyace a toda experiencia positiva: *“Es ésta la aventura imaginaria por la cual el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es: dimensión esencial de lo humano, que estructura el conjunto de su vida fantasmática”* (Lacan, 1953-1954 [1986]). Este es el mayor hallazgo en el campo de la dialéctica imaginaria: la imagen en el espejo construye la imagen de sí mismo como diferente de lo que él mismo es. La identificación a la falta de la madre tiene así un efecto unificador, narcisístico de la realidad corporal y, en tanto adquiere una consistencia yoica, se constituye en el umbral de lo que se puede percibir y de todo conocimiento sensible de la realidad. Este significante maestro es tal, porque es el núcleo de todas las identificaciones posteriores posibles.

En este punto se explica el proceso de la identidad donde se constituye a su vez el principio del suceder psíquico, de todo conocimiento del otro y de todo razonamiento lógico, que en el pensamiento humano y en las ciencias, aparece como la necesidad y hasta la inercia de construir identidades e igualdades entre elementos lógicos, cuyo modelo fundamental lo ha establecido la matemática como modelo científico por excelencia. El yo, instancia del psiquismo con el que todo humano se relaciona con la realidad del mundo, desarrolla su dinámica de representaciones a través de la dialéctica de lo imaginario. De la presencia fundamental del lenguaje y de su consecuente efecto imaginario, se derivan dos principios del suceder psíquico y hasta dos tensiones contrapuestas y simultáneas, que no son más que los principios epistemológicos de la ordenación y humanización del mundo:

- el primero, está dado por la función del significante en la subjetividad, por esa función primordial del lenguaje y que propone la fragmentación significante de la realidad, su división, parcelación y fragmentación de los objetos, a cuya consecuencia la ciencia ha producido la histórica multiplicación de los objetos epistémicos de la realidad;
- el segundo, es la presencia de lo imaginario, que como principio del suceder psíquico propone la tensión hacia la unidad presente en los modelos ecuacionales

que formulan las identidades matemáticas y las vinculaciones interdisciplinarias de complementariedad discursiva y de articulación de los sistemas teóricos, que han tomado en nuestro tiempo vigencia en la obra de Edgar Morin bajo su propuesta de la *teoría de la complejidad* y de unir los conocimientos.

Según el primer principio, el conocimiento disgrega, desmenuza los objetos hasta identificar las partículas más insignificantes del cosmos para representarlos en el lenguaje matemático. Por otro lado y desde la identificación primaria sobre la base del significante primordial, el lenguaje produce en el pensamiento la inercia de la unificación de la realidad; desde entonces lo más diverso y disímil, los objetos de la realidad concreta, lo conocido en la ciencia, puede articularse en una lógica y en un orden, a condición de que el psiquismo sea capaz de encontrar entre aquellos elementos rasgos comunes. Y sabemos que sí los encuentra.

¿No es aquí donde se funda además la necesidad lógica del pensamiento? No sólo en lo relativo a las ciencias llamadas duras, sino a las formalizaciones de las ciencias sociales, más bien dependientes absolutamente de planteamientos conjeturales lógicos. El universo, el cosmos y toda realidad posible y diversa, puede ingresar en el orden de los rasgos para articularse, a su vez, en la organización formal a través su ordenamiento y clasificación lógica. Realidades concretas y abstractas pueden integrarse en la lógica de la unidad y de la igualdad.

Esta inercia es de tal modo fundamental, que la concepción que del mundo construye el sujeto del conocimiento, desde las formalizaciones matemáticas y lógicas, nunca se separó de la fascinación por la identidad; el narcisismo nunca se desprendió de la racionalidad y de ese producto que se fundó con Descartes bajo la estructura de la ciencia moderna. Esta inercia nunca se desprendió tampoco del avance de las ciencias, de las disciplinas fundadas en la matemática, tales como la física y la química; ni siquiera se desprendió de la lógica formal, ni de la lógica de clases ni de la lógica de conjuntos, tanto así que hizo de la razón matemática el fundamento de la certidumbre sobre la realidad, que como podemos ver, no puede menos que ser, en todos los casos, ilusoria. La certidumbre del número en su reducción de los sentidos nunca fue tan radical. La dimensión de la imagen constitutiva del yo y el desarrollo de la visión para el conocimiento de la realidad, ha predominado sobre las formas de conocimiento positivista de la realidad y de la corriente del iluminismo moderno durante siglos. Desde el pensamiento clásico griego sobre el cosmos, el sujeto del conocimiento no ha hecho más que ordenar su realidad a su imagen y semejanza. La ciencia no hace más que ilustrar este juego de rasgos en complejas demostraciones ecuacionales.

La igualdad  $a=a$  formalizada en la matemática desde la antigüedad griega no responde sino a esta inercia del pensamiento por la similitud entre los elementos. Aristóteles (384-322 a. C.) ya había definido la identidad en términos matemáticos en relación a

la unidad del ser, unidad de una multiplicidad de seres o unidad de un solo ser tratado como múltiple, por ejemplo, cuando una cosa se dice que es idéntica a sí misma. Leibniz (1646-1716) por su parte, había denominado a esta identidad ( $a=a$ ), ontológica o real y la diferenciaba de la identidad lógica o formal ( $a=a'$ ) que sería aquella en la que un elemento es identificable a otro distinto.

Pero la unidad es sólo una ilusión provista por la fascinación de la mirada estructurante del Otro ya que en lo real el cuerpo seguirá desarticulado, y por tanto la realidad. Lacan encuentra en este punto, la anticipación de lo psíquico sobre la prematuridad en el estadio del espejo; la imagen total, fascinante por su unidad, se anticipa a la articulación y coordinación motora real del cuerpo: “*Esta formación se desvincula así del proceso mismo de la maduración, y no se confunde con él*” (Lacan, 1953-1954 [1986]). Es decir, el principio del suceder psíquico, el pensamiento y la idea de sí, se anticipan al desarrollo biológico.

Toda esta constitución primaria en el infante es sin duda un proceso de los primeros meses, desde la prematuridad, hasta que su desarrollo neuronal, en los primeros cinco meses, le permite al niño construir en la lógica primaria del placer y del displacer, en la que la imagen del otro, se estructura en el campo de la realidad visual, realidad psíquica sobre la que el niño puede también curiosamente manifestar las primeras reacciones de agresividad al otro: la estructuración del yo es un proceso que no sucede sin competencia y sin la movilización de las pulsiones agresivas y destructivas dirigidas hacia el otro. De esta lógica se deducen todos los procesos de segregación racial, social, económica, de marginación y exclusión, etc., de que es capaz el sujeto humano. Son estas las temáticas que se vienen trabajando en la sociología contemporánea latinoamericana y boliviana: etnicidad, raza, género y religión como campos de conflicto y lucha por los sentidos.

## **El imaginario social**

Esta dialéctica de lo imaginario constituye la misma base lógica sobre la que se desarrolla la dinámica de la construcción de las identidades en el campo social. Los procesos lógicos de construcción de identidades y por tanto de hegemonías, de luchas, de reivindicaciones, de conquistas y empoderamientos son explicables, así como lo son en la dimensión individual, por el efecto de lo imaginario en la constitución subjetiva humana.

Una ilustración de estas lógicas imaginarias en la que ingresa un concepto fundamental para la comprensión de lo social y que es la construcción de los sentidos, está acuñado por Pablo Vila. Es absolutamente ilustrativo ver cómo los procesos sociales, desde la perspectiva de los discursos, son accesibles por la disposición de una epistemología social que se sustenta en las construcciones imaginarias.



Para Pablo Vila (1995)<sup>35</sup> —para citar un autor que ha abordado el imaginario social y las referencias categoriales con las que los individuos y los grupos interactúan—, la construcción de las identidades supone procesos de lucha social por la construcción de los sentidos, es decir, se trata de una lucha que se da en el campo o el escenario de los significados y del lenguaje, de los códigos; esta lucha supone además una confrontación con los sistemas clasificatorios hegemónicos. Se entiende que la construcción de los sentidos está articulada de manera indisociable con la construcción de las identidades. Vila concibe la identidad como una construcción narrativa, discursiva, es decir, sólo se puede saber de ella en la medida en que los individuos hablan, y es en la medida en que hablan que son capaces de construir un sentido de su propia realidad, como la verdad de su propia experiencia, mediante la arbitrariedad con la que son construidas las taxonomías para clasificar al otro.

La lucha por el sentido implica además la necesidad de la desacreditación de los otros discursos, hasta que los nombres y los rótulos del propio discurso “queden fijados”, es decir, forme parte del “sentido común”, como confirmación de la “construcción de la hegemonía” (Gramsci, 1975; cit por Vila, 1995). Planteado así, la verdad sobre la realidad y el ajuste discursivo sobre ésta, resulta arbitraria y en función de las particularidades del contexto histórico del grupo social donde se da. La aceptación de los nombres y los rótulos sería la victoria hegemónica del sentido. Pero además todas las relaciones con los otros, todas las posiciones son instancias de construcción de los sentidos, de las verdades y las identidades como elementos correlativos, y a su vez, estas posiciones redefinen las relaciones sociales. Los individuos y los grupos toman de la coyuntura histórica y de la cultura, los elementos simbólicos, rasgos y discursos, que les permiten estructurar su identidad.

Para Foucault (1970), el asunto bordea la pregunta de la medida en que el discurso social, acepta o rechaza estas formas de nombres y rótulos; son procesos de negociación en los que se estructura la identidad donde el Otro, tal como lo entiende Lacan, sanciona la vigencia del sentido; así que “*lo que se habla y quien puede hablar, son cuestiones relacionadas con el poder*” (Parker, 1989; cit. por Vila, 1995).

A partir de la propuesta de Gramsci retomada por Vila, es posible situar en la victoria del sentido, el carácter epistemológico del discurso, de la verdad sobre la realidad y de la identidad. La identidad adquiere así una dimensión de categoría epistemológica de la

---

35. Pablo Vila es profesor asistente de sociología en la División of Social and Policy Sciences, University of Texas-San Antonio, 6900 North Loop 1604 West, San Antonio, TX 78249, USA. Ha realizado investigaciones en Argentina, México y los Estados Unidos, y ha publicado diversos artículos sobre temas de cultura e identidad: entre sus publicaciones están: *El “otro” en las narrativas de juarences y paceños* (1993), *Sistemas clasificatorios y narrativas identitarias en Ciudad Juárez-El Paso* (1996), *Las disputas de sentido común en la frontera norte. Identidades narrativas y música. Una primera propuesta para entender sus relaciones* (1996), *Narrative Identities: The Emplotment of the Mexican on the U.S.-México Border* (1997).

construcción social y discursiva de la realidad, que interpela, desde sus propios sistemas clasificatorios, los sistemas clasificatorios de los otros:

*“Esto es así porque toda interacción social siempre es, entre otras cosas, una interacción con el otro como “categoría”, ya que la única manera que tenemos de conocer al “otro” es a través de la descripción que hacemos del mismo, y esta descripción hace uso intensivo de los distintos sistemas clasificatorios de que disponemos en un particular contexto cultural” (Vila, 1995).*

Es decir, no sólo narramos la identidad nuestra, sino que al hacerlo, narramos la identidad de los otros. Esta es justamente la fórmula lacaniana “yo es otro”. El otro es la dimensión del conocimiento de la realidad, social y física, pero además, del desconocimiento de uno mismo; el otro es una categoría con la que los individuos se relacionan. Así, lo que dice y hace el otro, tiene solo sentido en la medida en que forma parte del registro de las categorías y taxonomías construidas. Este conocimiento funciona como un modelo cognitivo que es compartido en un grupo social, donde las acciones y discursos individuales cobran sentido y orden. De todo esto se obtiene como consecuencia que sólo la función narrativa, es decir, el uso del lenguaje, puede dar cuenta de la forma de protagonismo en el campo del discurso y en la lucha por los sentidos, el tipo de personaje que asume ser el sujeto en su propia historia como forma argumentativa de su construcción identitaria.

Es necesario reconocer evidentemente, en el discurso de Vila, la vertiente lacaniana de la formulación de la dialéctica imaginaria, aunque en ningún momento éste cite su nombre ni su obra.

Pero además todo esto sucede de la misma forma en que Kuhn (1997) plantea la lógica del establecimiento de un paradigma científico y su vigencia como “ciencia normal” en el campo de la epistemología de las ciencias. Para Kuhn la ciencia normal es aquel modelo científico que es aceptado por una comunidad de científicos en una circunstancia determinada y mientras responda a las expectativas de un grupo social. Lo que es verdad en una determinada época y lugar no lo es después o en otro lugar. Podemos encontrar una equivalencia entre el “sentido común” social y la “ciencia normal” de la comunidad de los científicos. A fin de cuentas, los procesos mentales del conocimiento científico sobre los objetos de la realidad y la elaboración sistemática de las taxonomías, proceden de la misma forma que el conocimiento de los seres humanos y las taxonomías sobre ellos. En todo caso tanto en las ciencias como en lo social, se trata de construcciones humanas que no son, de ninguna manera, naturales ni neutrales. La voluntad de poder las atraviesa absolutamente porque los procesos en los que se desarrollan están en las vías de la construcción de las hegemonías.

La lucha por el sentido no sólo permite a los individuos y los grupos una unidad simbólica sino que define un “ser y estar” en un tiempo y espacio.

De esta forma, el conocimiento sobre la realidad es tan precaria que Borges so-  
lía divertirse preguntándose el lugar donde podía encontrarse: ¿acaso en los libros de  
las bibliotecas?, ¿o existe cuando alguien lee los libros?, ¿realmente existe?, ¿dónde  
está?: “*Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las  
filosofías) pueda parecerse mucho al universo*” (Borges, cit. por Mateos, 1998). Pero  
además como si esto fuera posible, es decir, asimilar el discurso con la realidad misma,  
el conocimiento de la realidad es, para Borges, una aventura únicamente del lenguaje.

## Observaciones finales

Está claro, a estas alturas, que el conocimiento como tal, no es un objeto concreto,  
que se pueda pesar, medir, observar, sino algo que se produce como una configuración  
de sentido por el uso del lenguaje, de modo que no se da sino sólo en la articulación de  
sus semantemas y morfemas.<sup>36</sup> Asumido así el conocimiento, nos percatamos inmedia-  
tamente que éste no puede ser localizarlo en lo concreto del cerebro, ni en los libros,  
sino en el devenir de una articulación discursiva en la que pueden producirse siem-  
pre sentidos indefinidos, que sujetos a la lógica pueden ser más o menos verdaderos y  
precisos, pero también falsos e imprecisos. La cualidad de lo falso o verdadero estará  
definida por los principios de los cuales se parte. No es éste sin embargo el tema que  
nos ocupa aquí.

Hubo un mito científico que ocupó el tiempo de algunos investigadores en ciencias  
médicas hacia la primera mitad del siglo XX, época en que la curiosidad por descubrir  
los procesos del pensamiento, el conocimiento, inteligencia, sus cualidades, investigar  
su medición, etc., produjo en algunas indagaciones afirmar que el tamaño y peso del  
cerebro estaba directamente relacionada con la inteligencia y el nivel de conocimientos  
que una persona podía tener. La idea indicaba que de algún modo la información se acu-  
mulaba en alguna parte de la masa encefálica, como si el conocimiento como tal, tuviera  
una cualidad física que le permitiría ocupar algún espacio concreto en la consistencia de  
la masa encefálica. Claro que era difícil comprender, por otra parte, cómo cada vez que  
los individuos conocían algo más, el cerebro no aumentaba de tamaño necesariamente.  
Entonces se decía que esto no sucedía porque obviamente el ser humano también es un  
ser capaz de olvidar, etc.

Cuando mencionamos el concepto de articulación lógica de un lenguaje, es evidente  
que nos referimos a relación que tiene el conocimiento con el concepto de verdad, de  
modo que se puede denominar conocimiento verdadero, todo aquel saber que represen-

36. *Semantema*: unidad léxica provista de significación. *Morfema*: Elemento significativo más pequeño del enunciado, indivisible en unidades menores portadoras de sentido.

ta de la manera ilusoriamente precisa, para una comunidad científica, o para un grupo de personas laicas e incluso una sociedad, los elementos de la realidad. La posibilidad de lograr un efecto de verdad, es evidentemente un efecto del lenguaje y su articulación en la que se produce el sentido. No hay sin el recurso del lenguaje, una posibilidad de verdad y por lo tanto ni siquiera de falsedad. En el sentido saussuriano, la articulación de las palabras producen el sentido y ninguna de ellas, en tanto unidades, es por sí misma una representación precisa de la realidad. Que las articulaciones de palabras sean sólo una representación, quiere decir que no son la realidad misma. Esta ilusión de precisión en el campo de la ciencia se produce como un efecto a partir de las modulaciones conceptuales. De modo que la realidad se construye en la articulación del lenguaje, con las palabras de entre las cuales emerge el sentido<sup>37</sup>.

El conocimiento científico especializado y experto, no es sino una construcción depurada en estas modulaciones lingüísticas. Las palabras en esta dimensión y en cualquiera, representan así, cosas posibles de comprobación empírica, pero también en el ejercicio de lo deducible, elementos de construcción no empíricos. En la medida en que el científico y las circunstancias que lo rodean, permitan un mayor ejercicio discursivo, es decir una depuración de su interpretación y representación de la realidad, habrá lo que se llama la emergencia de un nuevo saber, cuyo éxito estará asegurado por su grado de utilidad en la demanda de la sociedad capitalista<sup>38</sup>.

El conocimiento, de materia inmaterial, en sus elementos relativos al lenguaje es, entonces, como tal, una “nada”, es decir, sentido, ficción inclusive. Pero no por ser imaginaria o ficticia una realidad deja de tener efectos en las relaciones de los sujetos con la realidad y en las relaciones entre los individuos y de éstos con sus grupos.

Esta definición implica que no es posible una universalización de los conocimientos científicos, porque de hecho la producción de un conocimiento, así como su validez, está sujeta a diversas circunstancias, sociales y principalmente políticas, ya que responde a las expectativas de grupos hegemónicos<sup>39</sup>.

Por una dialéctica interna, en el desarrollo desenfrenado de la ciencia, se ha ido produciendo, desde sus inicios, una fragmentación de los saberes correlativa a la frag-

---

37. “*Le fue dado el lenguaje, esa mentira*”, nos dice Borges en *Los dones*. 1984.

38. Queremos destacar cómo el avance de la ciencia ha generado la actual sociedad capitalista de bienestar en la cultura occidental. La ciencia que Kuhn llama “normal”, es aquella que responde a los intereses y necesidades de un grupo social y que, en la medida en que otro conocimiento responde menor, puede ser sustituido. La “ciencia normal” lo es respecto de la norma de la comunidad según Kuhn. “*El conocimiento científico como el lenguaje, es intrínsecamente la propiedad común de un grupo o no es nada. Para comprenderlo tendríamos que conocer las características especiales del grupo que lo crea y lo usa*”. Chalmers, Alan. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Ed. Siglo XXI, México, 1982.

39. El problema de la ciencia es enunciar las condiciones universales sobre las que ésta se fundamenta. No hay una ciencia universal porque no hay tampoco una racionalidad universal y ahistórica que garantice una teoría como más verdadera que otra. (Kuhn, citado por Chalmers, Alan. Ob. Cit.) Según Chalmers, quien considera a Kuhn un relativista, afirma que una teoría puede resolver problemas, predecir, etc. y no por esto va a ser considerada científica por otro grupo.

mentación de los objetos de estudio, de modo que en el actual momento histórico, son incontables las disciplinas y los campos de conocimiento que se han vuelto campos de especialización y de conocimientos expertos sistemáticamente delimitados, que aunque cuentan con una evidente vinculación entre ellas —mediante lo que se ha denominado inter, multi y transdisciplinario—, pueden al mismo tiempo desarrollarse con cierta autonomía. No hay manera de frenar esta fragmentación del conocimiento.

En la perspectiva de Pierre Bourdieu, el conocimiento es algo al que puede adjudicársele un valor, que se puede acumularse como un capital; sus cualidades pueden permitir una diferenciación de clase entre los que saben y los que no saben, puede crear exclusiones e inclusiones de individuos y de sociedades, puede permitir representarse la idea de un avance en la historia.

La producción científica ha creado toda una serie de imaginarizaciones de los científicos sobre la propia ciencia. Pero no puede dejar de observarse que definitivamente la racionalidad de la ciencia moderna —esa forma de pensar que predominó durante siglos— orientó el pensamiento por el camino de la acumulación capitalista, justificó la acumulación desmedida del capital en países y personas específicas, acentuó las profundas diferencias sociales, las diferencias intelectuales, la degradación de las culturas no occidentales, negó la palabra a otros saberes no occidentales y no científicos, y desconoció las costumbres, la historia y formas de vida de culturas milenarias; ignoró y relegó las cualidades de la subjetividad, separó la ciencia de la vida y de la convivencia humana; el ejercicio racional fragmentador de la realidad, incrementó las posibilidades de deterioro del medioambiente y ha puesto actualmente en riesgo el equilibrio de la subsistencia de los habitantes de este planeta. Pero entonces, el conocimiento y el pensar tiene efecto sobre las realidades políticas, sociales, culturales, sobre la vida, sobre el medio ambiente.

La dimensión política es el campo donde los sujetos tienen la posibilidad de dar contorno a representación del mundo, al ordenamiento cognitivo de la realidad social; la política es el campo donde los individuos y los grupos tienen a disposición una escena para mostrar sus más abigarradas pasiones; a eso le llamamos ideología.

El problema con la aplicación del enfoque positivista a las ciencias sociales está no sólo en la negación sistemática de la presencia de la subjetividad en todos los procesos, sino, como lo podemos ver, en las consecuencias ideológicas que se desprenden de ella.

Este giro epistemológico nos ha hecho ver que los individuos son importantes en la determinación de los procesos sociales, que las subjetividades ocultan aún campos inexplorados, que existen saberes no científicos que no son inferiores a los conocimientos científicos, porque además tienen efectos sobre la realidad, ya que son indispensables para la vida en común; hemos empezado a comprender que no existe cultura superior y que las voces de los sectores sociales antes invisibilizados, quieren ser parte de este

escenario social tanto como cualquiera de nosotros. Estamos en un escenario en el que vemos emerger identidades y voces nuevas y empezamos apenas a comprender que no hay, a estas alturas, racionalidad alguna que pueda oponérseles.

## **Bibliografía**

Carvajal, Eduardo y otros

1982 *Introducción a Lacan*. Buenos Aires. Lugar editorial.

Chalmers, Alan

1982 *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* México. Ed. Siglo XXI.

Freud, Sigmund

1913 *Tótem y Tabú*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1921 *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1929 *El malestar en la cultura*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1914 *Introducción al narcisismo*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1920 *Tres ensayos para una teoría sexual*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1923 *Organización genital infantil*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

1923 *El yo y el Ello*. Obras Completas. España. Ed. Biblioteca Nueva.

Lacan, Jacques

1949 [1987] *Estadio del espejo como formador del yo tal como se presenta en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos I*. Argentina. Ed. Siglo XXI

1953-1954 [1986] *Los escritos técnicos de Freud*. Seminario 1. España: Editorial Paidós.

1965-1966 *Ciencia y verdad*. En *Escritos*. España. Editorial Paidós.

1973 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. 1964. Libro 11. Argentina. Ed. Paidós.

1986 *Los escritos técnicos de Freud*. Seminario 1. España. Editorial Paidós.

1988 *La Tercera*, (Segundo seminario dictado en Roma en octubre de 1974). En *Intervenciones y Textos N°2*. Buenos Aires. Ed. Manantial.

Miller, J.-Alain

1987 *S' truc dure*. En Matemáticas II. Ed. Manantial. Argentina.

Morin, Edgar

1998 *Unir los conocimientos*. La Paz. Ed. Plural.

Saussure, Ferdinand de.

1972 *Curso de lingüística general*. Buenos Aires. Ed. Lozada.

Varios autores

2005 *Estados de la investigación: Cochabamba*. PIEB, CESU, DICYT-UMSS. Cochabamba.

### **Referencias de Internet**

Vila, Pablo

1996 Identidades narrativas y música. Una primera propuesta para entender sus relaciones, en *Revista Transcultural de Música*, año 2. En <http://www.sibetrans.com/trans/trans2/vila.htm>. (Consultado el 20 de abril de 2008).